



X

DESDE entonces fue la vida de Mora en París una continuada orgía material y moral, en que su carne gustó todos los vicios, y su entendimiento abrazó todos los delirios, a toda prisa, sin punto de reposo, en conjunto casi, como si temiese que la muerte, que tan de cerca le acechaba, pudiera privarle de algún goce o apartarle de algún error.

Encuétrasele en aquella época comensal mimado y festejado de todas aquellas cenas famosas, que justificarían la revolución, si pudiera ser un crimen justo castigo de una blasfemia. Mad. D'Epinay escribe a Grim en Octubre de 1771: «Os diré como última noticia, que Mr. de Sartine ha cenado anoche en mi casa con el Marqués de Mora, Mr. de Maga-

llón y el Marqués de Croismare.» Y lo que es verdaderamente raro, la vieja Du Deffand escribe a Horacio Walpole en Diciembre del mismo año: «Hace tres días que tengo mesa abierta, es decir, doce o trece personas cada noche. La de ayer fue la más brillante: estuvieron los Beauvau, la Cambis, Stianville, Toulouse y tres extranjeros, Caraccioli, Mora y Creutz.» Lo cual prueba que la pasión de Mora por Mlle. de Lepinasse no llegaba hasta el punto de sacrificar a ésta las divertidas y solicitadas cenas de su aristocrática rival y antigua señora.

La Lespinasse, por su parte, apretaba más y más los grillos en que tenía aprisionado a Mora, que lo mismo podían ser los del amor que los de la vanidad, especie harto común de amor con que corresponden los hombres fatuos a las preferencias de mujeres de algún renombre. Habiale ligado en este tiempo con un hombre peligroso, de su amistad íntima, Condorcet, que arrastró a Mora del odio al altar al odio al trono, paso que no habían dado aún todos los filósofos, ni llegaron a dar en Francia sino muy corto número de Grandes, ni acaso ha dado todavía en España uno solo de entre ellos.

Condorcet, más perverso que Voltaire, si cabe, ateo, republicano y suicida, que se atrevió a condenar a Luis XVI a la pena mayor que no fuese la de muerte, es decir, a cadena perpetua, prefiriendo dar a la Majestad Real la bofetada que deshonra a la puñalada que glorifica, fué de los que efectuaron más tarde la fusión que ya se preparaba entonces entre los filósofos y los francmasones, siendo nombrado, con el abate Sièyes, director del tenebroso club de la propaganda destinada, no sólo a consolidar la revolución en Francia, sino a destruir también todos los gobiernos existentes entonces. ¿Arrastró también al desgraciado Mora por aquel camino de traición y de ignominia?...

En la lista de los francmasones de aquel tiempo, que publica Deschamps, no consta su nombre, si bien es verdad que estas listas son posteriores a su muerte. Mas el sospechoso título de *hermana* que Grim, Voltaire y Condorcet dan en sus cartas a Mlle. de Lespinasse, indica que también ella pertenecía a los que llamaban *adeptos secretos*, y las dos altisonantes cartas de Mora a Condorcet, que a continuación transcribimos, revelarán claramente las opiniones de aquél a todo el que conozca

lo que en la jerga filosófico-francmasónica de aquel tiempo significan las palabras *libertad*, *tirano*, etc., y probarán al mismo tiempo que Condorcet le había iniciado, por lo menos, en algunos planes de los adeptos, *que era forzoso ocultar a los penetrantes ojos de los enemigos de la verdad.*

«Recibo, señor, con extraordinario gusto la excelente obra que tenéis la bondad de enviarme, y por la cual os quedo infinitamente agradecido. Lo que me decís de la suerte de la humanidad, es por desgracia tan cierto, que nunca serán estimados bastante el autor y el libro que defienden sus derechos oprimidos; pero es forzoso ocultarlo a los penetrantes ojos de los enemigos de la verdad, y podéis contar con mi profundo secreto. Si todo el mundo odiase como yo a los tiranos y a los perseguidores, no sería necesario guardarse de ellos y gozaríamos todos del inestimable bien de la libertad, pero los hombres no están hechos para tanta dicha: sus necesidades y locuras les atan a la cadena de la esclavitud. Iré ciertamente esta noche a casa de Mr. Turgot, donde tendré el honor de reiteraros las gracias, que os suplico recibáis de vuestro más sincero y adicto servidor.—*De Mora.*»

«París, 1.º de Julio de 1772.—Me ha sido imposible, señor, contestar ayer a vuestra carta, que recibí con el mayor gusto. Esta prueba de amistad es tan grata a mi corazón y tan bien sabe éste apreciarla, que sólo deseo merecer los sentimientos que os dignáis concederme, y de que no cesáis de darme pruebas. Creed, señor, que la tierna y viva gratitud que os debo, sin ser el lazo más fuerte de los que me unen a vos, viene a añadir a mis sentimientos el placer de llenar, entregándome a ellos, los deberes que vuestra bondad me ha impuesto. Ni el tiempo ni la distancia podrán nunca hacerme olvidar al amigo a quien he prometido la más sincera adhesión. Por vuestra parte habéis hecho ya demasiado para no conservarme el beneficio de vuestra amistad. Mi salud se ha restablecido por completo, y me hallo al presente como antes de mi último ataque. Creo también que mi régimen actual vale más que el observado antes, y espero un efecto seguro. Mucho os gustará saber que han levantado la exclusión a MM. Suard y Delisle. Helos ya declarados ortodoxos solemnemente (1).

(1) Suard y Delisle fueron presentados a la Academia Francesa cuando se ocupaba de las intrigas de D'Alem-

»Es chistoso que sea necesario dar pruebas de necedad para entrar en la compañía de los sabios. Así está, sin embargo, construída esta famosa máquina, de que ciertamente no querría Vaucanson haber sido el inventor. Habréis visto probablemente *Los sistemas* de Voltaire; en verdad que este hombre es un verdadero fénix, ya lo tenemos otra vez poeta, como si tuviese veinte años. La palabra *Pirineos*, que leo en vuestra carta, me hace temblar, viéndome ya tan cerca de ese cruel mes de Septiembre. No podré ponderar bastante el dolor que me causa esta marcha..... Nunca podría decidirme a ella si no estuviese seguro de mi vuelta, que cumplirá mis promesas y llenará todas mis esperanzas. Podéis estar tan seguro de ello, como de la sinceridad de los sentimientos que os profesa y os conservará eternamente.—*De Mora.*»

bert, su secretario perpetuo, y de Voltaire, se hallaba ya esta ilustre corporación convertida en un verdadero areópago de impíos e incrédulos. El Rey negóse a confirmar la elección de estos dos candidatos, fundándose en la pública fama de impiedad que ambos tenían; mas ellos, siguiendo la hipócrita táctica de los filósofos conjurados, hicieron falsa profesión de ortodoxia, y consiguieron que el débil Luis XV les levantase la exclusión. A esto alude, sin rebozo alguno y hablando entre pastores, la frase de Condorcet.

Aquel funesto mes de Septiembre que hacía temblar a Mora, llegó para él demasiado pronto. A poco de escrita la anterior carta a Condorcet, un nuevo ataque de su enfermedad hubiera podido recordarle que se acercaba la muerte, si el orgullo del impío no le hiciera creerse siempre fuera del alcance del azote de Dios. Marchó entonces, por consejo de los médicos, a Bagnères, cuyas aguas, conocidas ya en tiempo de los romanos, había puesto de moda el Duque de Lauzun en 1712. Despidióse, pues, Mora de Mlle. de Lespinasse el 7 de Agosto de 1773, y salió aquel mismo día para Bagnères, decidido a entrar luego en España, arreglar ciertos asuntos secretos y volver al punto a París, para *cumplir*, como escribe a Condorcet, *sus promesas y lograr todas sus esperanzas.*

Nadie ha puesto en claro cuáles fueron aquellas promesas que tenía que cumplir ni estas esperanzas que pensaba lograr. Mlle. de Lespinasse asegura terminantemente que fuera, aparte de la razón de su salud, tenía el viaje de Mora a España otra razón tal y tan absoluta, que si aquél llegaba a vencerla, la vida entera de ella no bastaría para pagarle semejante deuda, frase misteriosa que, unida a

otros indicios, nos induce a creer que Mora pensaba entonces allanar en España los obstáculos que se oponían a su matrimonio con la Lespinasse, y volver luego a París a efectuarlo, cumpliendo así las promesas hechas a la filósofa y logrando las esperanzas que ella misma le había infundido.

Quiso Dios, sin embargo, disponer las cosas de manera muy distinta, y a poco de su llegada a Bagnères asaltó a Mora un violento vómito de sangre, y fue preciso llevarle a toda prisa a Bayona, después de sangrarle nueve veces, según la inconcebible costumbre de los médicos de entonces. «Mr. de Mora, escribe Mlle. de Lespinasse, ha salido de Bagnères para Bayona en un estado que me hace temer por su vida. Le acompaña su médico, que podrá socorrerle, pero no evitarle una recaída, que no soportará en el estado de postración en que se encuentra. Le han sangrado nueve veces, y quedó tan aniquilado, que no pudo ni aun darse cuenta del peligro a que se exponía poniéndose en camino.»

La recaída que Mlle. de Lespinasse esperaba sobrevino a Mora en Zaragoza, donde llegó a encontrarse en verdadero peligro de muerte; lleváronle, pasado el riesgo, a Madrid, donde

se encontraban ya los Condes de Fuentes, y adonde llegaron a poco los Duques de Villahermosa, de vuelta de un viaje a Inglaterra, y entonces comenzó aquella lucha entre Mlle. de Lespinasse y la Condesa de Fuentes, queriendo aquélla arrancar a Mora del lado de su madre para traerle a París, luchando ésta por romper las redes en que la astuta francesa envolvía a su hijo. La de Fuentes, moribunda casi de la misma enfermedad que éste, pero ayudada por su hija la Duquesa de Villahermosa, intentó aislar a Mora de la camarilla de la Lespinasse, interceptando las cartas que él enviaba y las que de París le llegaban, y tratando de resucitar los antiguos amores de Mora con la Duquesa viuda de Huéscar, a fin de casarle con ella.

Mas alarmada la Lespinasse con el silencio de Mora, echó por delante a su amigo D'Alembert y al famoso médico Lorry, que se comprometía a curar a Mora, siempre que trocarse el clima de Madrid por el de París, *único* que, a juicio de aquel doctor, *podía serle benéfico*. Sospechoso compromiso éste, si se tiene en cuenta que pocos meses antes la Condesa de Fuentes, enferma, como ya dijimos, del mismo mal de su hijo, había marchado de París a

Madrid por consejo de los médicos parisienses, y poco tiempo después los más afamados médicos de París enviaban a toda prisa a España, para quitarle de la mala influencia de la capital de Francia, al Marqués del Viso, D. Francisco de Silva, enfermo también del pecho, como lo estaba Mora. Es de notar también que Mr. Lorry, aunque amigo íntimo de D'Alembert, no había merecido hasta entonces como médico, por su asistencia especial, ni la confianza del filósofo ni la de Mlle. de Lespinasse. El médico ordinario de ambos era el célebre Bouvard, y el extraordinario, consultado en circunstancias especiales, era el no menos famoso Bordeu, profesor de la Facultad de Medicina de París. La única vez que Mlle. de Lespinasse cita en sus cartas a Lorry, hácelo de este modo, bien poco satisfactorio por cierto:

«Mr. de Saint-Chamans, escribe a Condorcet, está un poco mejor, pero tan poco, que no se pueden concebir esperanzas. No quiere ver más que a Lorry, y mi confianza en los médicos es tan escasa, que no he trabajado mucho por combatir la repugnancia que tiene a verlos. Temo, sin embargo, que Lorry se equivoque. Es una gran desgracia tener necesidad de socorros de ciegos.»

Dados estos antecedentes, no es concebible la repentina e infundada confianza de D'Alembert y Mlle. de Lespinasse en la opinión de Lorry, al tratarse del viaje de Mora, sin que sea del todo cierto lo que Marmontel asegura terminantemente en sus *Memorias*: «En fin, dice, habiendo caído enfermo en su patria el joven español (Mora), y no esperando su familia sino su convalecencia para casarle convenientemente, imaginó Mlle. de Lespinasse hacer certificar a un médico de París que el clima de España le sería mortal, y que si se quería volverle la vida era necesario enviarle a respirar el aire de Francia. Esta consulta, dictada por Mlle. de Lespinasse, la obtuvo D'Alembert de Lorry, su íntimo amigo, y uno de los más célebres médicos de París. La autoridad de Lorry, apoyada por el enfermo, produjo en España todo su efecto. Dejaron marchar al joven y murió en el camino.

«El hecho es tan grave, dice a este propósito Mr. Eugenio Asse, que no nos decidimos a admitirlo bajo el solo testimonio de un autor que siempre acierta al hablar de Mlle. de Lespinasse.» Tan grave es el hecho, en efecto, que este criminal engaño fue causa de la desastrosa muerte del Marqués de Mora; mas las

siguientes cartas de D'Alembert al Duque de Villahermosa, existentes en el archivo de esta ilustre casa, prueban de modo irrecusable la veracidad de Marmontel, los vergonzosos oficios de D'Alembert para con su amiga, y la complicidad de ambos y del médico Lorry en este verdadero atentado. En la primera de estas cartas, inspiradas todas sin duda y aun dictadas quizá por la misma Lespinasse, límitase D'Alembert a explorar el terreno pidiendo a Villahermosa noticias de Mora, y extrañándose y lamentándose del silencio de éste. Tiene la fecha del lunes 7 de Diciembre, y dice así:

«Aunque Mr. D'Alembert no tenga el honor de ser muy conocido del Sr. Duque de Villahermosa, se atreve a esperar, sin embargo, le perdonará la libertad que se toma de dirigirse a él para suplicarle le dé noticias detalladas del Sr. Marqués de Mora, de quien él y sus amigos no han tenido hasta ahora sino noticias generales por el caballero de Magallón. Aunque los amigos del Sr. Marqués de Mora aprueban por completo su silencio, están, sin embargo, alarmados, pues temen haya en este silencio más bien imposibilidad de romperlo, que régimen que le obligue a guardarlo. Su-

plíquese, pues, al Sr. Duque tenga la bondad de hacer saber a los amigos del Sr. Marqués de Mora si le ha quedado lastimado el pecho por la violenta sacudida que sufrió en Bagnères, si no le ha dejado ninguna molestia el peligro corrido en Zaragoza, si tiene todavía desvanecimientos y cuáles son los alimentos de que hace uso. El Sr. Duque dispensará todas estas preguntas en gracia del sentimiento de amistad que las dicta: es el Sr. Duque demasiado digno de tener amigos, para no comprender la necesidad que tienen los del Sr. Marqués de Mora de que se les tranquilice, o se les dé a lo menos noticia exacta de su estado. Por lo cual, Mr. D'Alembert y todos los que se interesan por el Sr. Marqués de Mora, se atreven a suplicar al Sr. Duque les diga la verdad más exacta, aunque deba afligirlos y alarmarlos. Mr. D'Alembert pide al Sr. Duque de Villahermosa mil y mil perdones por su importunidad, y le suplica reciba con benevolencia la seguridad de su profundo respeto.»

El entusiasmo de Villahermosa por los filósofos de moda hizole tragar el anzuelo, y cogido por el flaco de esta vanidad, con que debió contar D'Alembert seguramente, apresuróse a contestar la siguiente carta, cuyo borrador

francés, escrito de letra del Duque, se encuentra en una hoja en blanco de la misma carta del filósofo:

«Nadie menos que vos, señor, puede temer ser desconocido, y vuestras cartas honrarán siempre a los que hagáis el honor de dirigirlas. El tierno interés que os tomáis por el estado del Marqués de Mora, nuestro amigo común, las hacen más preciosas, y si mi respuesta puede serlo para vos, será únicamente por las buenas noticias que pueden daros de la salud de mi cuñado. Podéis, pues, asegurar a sus amigos que su pecho no se ha resentido por la violenta sacudida que sufrió en Bagnères; que no le ha quedado el menor rastro del peligro en que estuvo en Zaragoza, y que tampoco ha sufrido desde entonces el más leve desvanecimiento. Está, sin embargo, demasiado débil para alimentarse de legumbres, y come un poco de nuestro *puchero* u olla española, pollo y ternera. Hasta ayer, que comió en mi casa, ha comido siempre solo, y ésta ha sido la primera vez que ha salido de su cuarto a hora semejante, lo cual hace muy poco y con toda clase de precauciones para preservarse del aire frío de este país. En una palabra, puedo tener el honor de deciros, señor, que se resta-

blece, pero lentamente, aunque me lisonjeo de que irá cada vez mejor en cuanto pase esta ruda estación. Me ha encargado aseguraros a vos y a sus amigos su amistad y agradecimiento, y deciros que ha escrito la última semana y tres correos antes a Mlle. de Lespinasse, estas cartas habrán calmado mejor que la mía vuestra inquietud. Por lo demás, no le permiten leer ni escribir mucho. Si por desgracia hubiese en adelante algún retroceso, cuidaré de avisároslo yo mismo y me consolaré con vos. Después de llenar mi deber satisfaciendo vuestros deseos, permitidme me tome la libertad de encargáros ofrecer mis respetos a Mme. Geoffrin; las bondades de que me ha colmado estarán siempre grabadas en mi corazón. No me atrevo a daros el mismo encargo para Mlle. de Lespinasse porque debo serle muy poco conocido; pero podéis estar seguro de que, así a ella como a sus amigos, les hago la justicia que merecen: admiro sus talentos y me enternece su sensibilidad. En cuanto a vos, señor, no sabré expresaros cuánto me halaga vuestro recuerdo, y me halagará más todavía si me honráis con vuestras órdenes. Esperándolas, tengo el honor de aseguraros, etc., etc.»